

Celebrando una colaboración

Atlas de Jorge Luis Borges y María Kodama

Raquel Chang-Rodríguez¹

City College-Graduate Center

City University of New York (CUNY)

(Nueva York, Estados Unidos de América)

“Desde finales de los ’60 empezamos a viajar juntos y yo tenía que describirle el mundo”, de esta forma sencilla y directa caracteriza María Kodama un aspecto de su relación con Jorge Luis Borges. El testimonio de estas azarosas andanzas por tres continentes –América, Europa, Asia--, los recogieron en *Atlas*² (1984; 2008), libro donde Borges y Kodama juntaron memorias, ideas, esfuerzos.

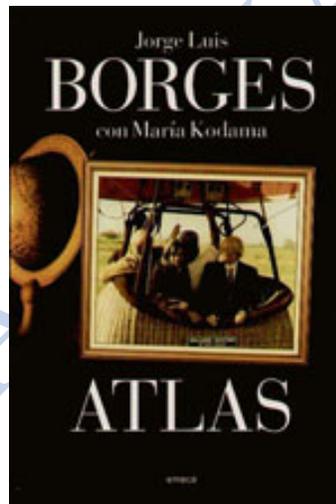


Ilustración 1

Portada de *Atlas*

¹ Distinguished Professor en el City College y el Graduate Center de la City University of New York, es codirectora del proyecto *Historia de las literaturas en el Perú* y cocordinadora de su segundo tomo, *Literatura y cultura en el Virreinato del Perú: apropiación y diferencia* (Fondo Editorial, PUCP, 2017). Correo electrónico: Rchangrodriguez26@gmail.com

² Las citas corresponden a la edición de 1984, excepto si indico otra fuente.

Las imágenes del libro se convirtieron en exposición gráfica en la Feria del Libro de Buenos Aires; la muestra después pasó a la Biblioteca Nacional y a otras ciudades argentinas en ocasión del 30ta aniversario de la muerte del autor en el 2016. Me permito seleccionar y comentar este tomo para celebrar una colaboración que tanto enriqueció a los viajeros reales –María y Borges—y a los viajeros virtuales, o sea, a nosotros sus lectores quienes, al recorrer sus páginas, nos topamos con un Borges conocido e insólito, lúcido y lúdico, y con la inteligencia de Kodama quien supo ordenar y darle sentido a un collage de ensayos, poemas, fotos. Ellos destilan las preocupaciones que atenazaron al autor argentino a lo largo de su carrera, y también sus ideas de un mundo intuido por medio de los libros y recreado por las descripciones de María.

Al tomar *Atlas* en mano pensamos: un libro atractivo, justo para colocar en nuestra mesita de sala y hojearlo de vez en cuando. Sin embargo, el libro es eso y mucho más. En su Prólogo nos percatamos de ello. Borges lo inicia haciendo mención a la pluralidad de casualidades que han confluído para llevarlo a cabo; y, típicamente, niega su título : “este libro... ciertamente no es un Atlas” (p. 7). Para explicar la génesis de la obra invoca a Stuart Mill, el filósofo empiricista inglés a quien le atribuye la primacía en hablar de las pluralidades de las causas. Seguidamente, aplica la doctrina de Mill sobre la uniformidad de las leyes de la naturaleza al origen del libro, y pasa a nombrar dos de estas causas: el poeta y traductor argentino Alberto Girri (1919-1991) y el crítico, también argentino, Enrique Pezzoni (1926-1989). Ambos, explica Borges, pensaron que de las fotos de esos viajes y los textos resultantes, podría entretajerse un libro “sabiamente caótico” (p. 7). María Kodama es quien les insufla cohesión a las páginas, y tiende un puente hacia nosotros los lectores. De este modo, podemos gozar de un banquete intelectual y también participar de una fiesta visual; nos embarcamos en un peculiar periplo guiados por dos ciceroni incomparables que

nos invitan a descubrir lo desconocido, a una aventura que nos equipara, acota Borges, con personajes tan dispares como Simbad el marino, Erico el Rojo o Copérnico “porque no hay un solo hombre que no sea un descubridor” (p. 7). Sabiamente, agrega el autor, por medio del viaje y sus hallazgos también llegamos a la saludable conclusión de nuestra propia ignorancia.

Me detengo en los nombres concitados por Borges en el prólogo, porque revelan sus inquietudes y pasiones. Simbad, como recordamos, es el legendario protagonista de la saga marinera de *Las mil y una noches*; según algunos críticos esta se introdujo en el famoso relato a comienzos del siglo XVIII; otros han propuesto que era parte de la obra al menos desde la publicación de una colección turca de 1637. Lo cierto es que Simbad abandonó Basara, un puerto sureño del actual Iraq, en siete ocasiones en busca de aventuras caracterizadas por el arrojado de un solo hombre quien constantemente triunfaba contra un sinnúmero de adversidades y siempre encontraba un barco para regresar a Bagdad.

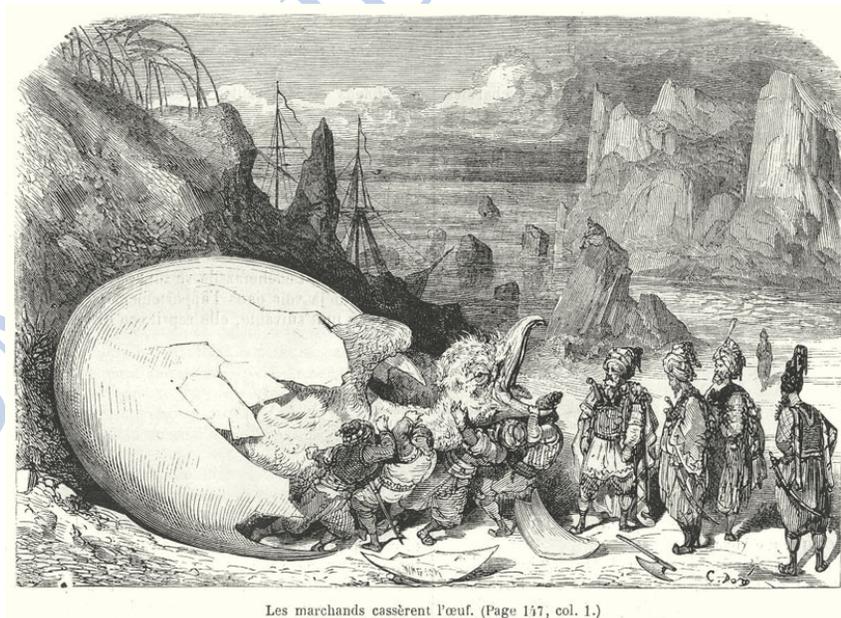


Ilustración 2

Simbad el marino

Eric el Rojo (o Erik Thorvaldsson, ca.910-ca.1010) fue un navegante vikingo de origen noruego obligado a abandonar su tierra natal por ser acusado de asesinar a los hijos de una familia rival; descubrió y colonizó Groenlandia en el año 950 de nuestra era; su hijo, Leif Ericsson, guiado, como Simbad, por el afán de aventuras, llegó en el año 1000 hasta la América del Norte, específicamente el área del actual Canadá. Copérnico es el astrónomo polaco a quien le debemos la afirmación y difusión del carácter heliocéntrico del universo. Su libro *De revolutionibus orbium coelestium* (*Sobre las revoluciones de las esferas celestes*) (1543), se considera el punto de partida de la astronomía moderna. Cada uno de ellos representa esferas de conocimiento, geografías reales o imaginarias, áreas culturales que han provocado el interés de Borges e intrigado a sus lectores. Entonces, avalados por el espíritu de cada uno de estos descubridores, por el destino compartido que convoca el autor de “El sur” al reconocer una nueva geografía o un descubrimiento intelectual o las letras del alfabeto, somos un Simbad, un Copérnico, un Erico el Rojo. Con Borges y con María de guía, entramos de lleno en *Atlas* y traigo a la memoria algunas de las imágenes de estos viajes con el propósito de compartir la singularidad y belleza de este libro.



Ilustración 3

Eric el Rojo

En “El tótem” Borges comenta un regalo oficial del gobierno canadiense a la República Argentina. La fotografía del facsímil del ídolo nativo de Canadá le sirve al autor para evocar a Plotino de Alejandría, a Pascal, para razonar sobre la falsedad de las imágenes, del retrato del “ídolo” caracterizado como “sombra de la sombra de una sombra”, en una meditación que ciertamente complacería a Sor Juana Inés de la Cruz y que trae a la mente su famoso soneto, “Este que ves, engaño colorido”. Curiosamente, el escritor argentino le adscribe un carácter bárbaro al tótem canadiense y añade: “un gobierno sudamericano no se atrevería al albur de regalar una imagen de una divinidad anónima y tosca” (p. 12). Sin embargo, el tótem desterrado –está colocado en la “última de las tres estaciones del Retiro” (p. 11) --abre igualmente la puerta al viaje de la imaginación cuando Borges nos invita a pensar sobre su mitología, culto y hasta posibles sacrificios.

La visita del escritor argentino a Estambul, le recuerda a Cartago, ejemplo, según el autor, de una cultura calumniada, descrita por sus enemigos, los romanos. Pasa a preguntar si algo parecido no ocurre con Turquía, asociada en el imaginario occidental con las cruzadas, “la empresa más cruel que registra la historia y la menos denunciada de todas”. Su visita lo hace pensar “en el odio cristiano acaso no inferior al odio, igualmente fanático, del Islam” (p. 18). Borges evoca las diversas naciones que han confluído en la zona y se le antoja proponer que “los escandinavos formaban la guardia del emperador de Bizancio” (p. 18). De su viaje a Venecia recuerda las góndolas, los crepúsculos, el encuentro de Oriente y Occidente en la ciudad de los canales. Evoca también a pintores (Vittore Carpaccio), autores (Petrarca, Byron, Beppo, Ruskin, Proust), a personajes literarios (Shylock). Igualmente trae a colación el dictum del historiador británico

Edward Gibbon quien en su famosa *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (*Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*) publicada en seis volúmenes entre 1776 y 1788, observó algo que Borges comenta: “la independencia de la antigua república de Venecia ha sido declarada por la espada y puede ser justificada por la pluma” (p. 24) –en esto está empeñado hoy día el partido de la Liga Lombarda o veneciana--. En este sentido recordamos el epílogo de Kodama recogido en la edición de Emecé (2008) “Roma será para mí su voz recitando las *Elegías* de Goethe y Venecia, para usted, lo que yo le transmití un atardecer, en San Marcos, escuchando un concierto. París será usted niño, terco, encerrado en un hotel comiendo chocolate mientras leía a Hugo, su manera de descubrir París”. Borges halla a Ginebra una ciudad propicia para la felicidad y la compara con el Japón porque “se ha renovado sin perder sus ayeres” (p. 38). Concluye, “volveré siempre a Ginebra, quizá después de la muerte del cuerpo” (p. 38). Allí vivió entre 1914 y 1918, allí fue al colegio Calvin, allí murió en el verano de 1986.

En *Atlas*, Borges reflexiona sobre ideas muy variadas al describir y representar por medio de imágenes templos, esculturas y objetos y también recordar acciones. En “La cortada de Bollini”, por ejemplo, el autor recoge el tema de la braveza y de la violencia aquí sugeridas por una meditación donde contrasta los tiempos modernos del revólver, del rifle, de las armas atómicas, de las guerras del Vietnam y del Líbano, con los duelos a cuchillo entre gauchos, a fines del siglo XIX y en un sitio cercano al Hospital Rivadavia. En “Milonga del puñal”, uno de los varios textos poéticos recogidos en *Atlas*, Borges retorna a esta reflexión sobre la ferocidad de la violencia, ahora marcada por una premonición:

Lo estoy mirando, preveo

Un porvenir de puñales

O de espadas (da lo mismo)

Y de otras formas fatales

Son tantas que el mundo entero

Está a punto de morir

Son tantas que ya la muerte

No sabe dónde elegir.

Duerme tu sueño tranquilo

Entre las tranquilas cosas,

No te impacientes, puñal.

Ya vuelve el tiempo de Rosas (p. 66).

En “Un momento” Borges indaga y nos pregunta, si el artista va en busca de un tema o si de repente lo encuentra, o sea, “bruscamente ve”. Para proponer este aspecto de la pesquisa intelectual y asociarlo con la epifanía del descubrimiento --o sea, el artista como descubridor o veedor que le arranca a lo más trivial su sentido profundo--, Borges pasa a comentar una escultura de aluminio donde Claes Oldenburg representa un botón de 18 pies de diámetro partido en dos y colocado en 1981 en el campus de la Universidad de Pennsylvania (Philadelphia) al frente de la

biblioteca: “Vio un botón . . . y comprendió que para transmitir esa revelación de una cosa sencilla tenía que aumentar su tamaño y ejecutar el vasto y sereno círculo. . . .” (p. 43).



Ilustración 4

El Botón

No faltan en *Atlas* dos símbolos permanentes en la obra borgeana, el laberinto y el tigre. En la descripción del laberinto de Creta, Borges recuerda cómo Dante vio su centro –el Minotauro, el toro con cabeza de hombre--, y como él se perdió con María por ese laberinto pétreo y aún siguen perdidos en otro más aterrador, el del tiempo (p. 60). En la meditación sobre el tigre, varios felinos compiten con el de carne y hueso: los dibujados en las enciclopedias infantiles, los representados o aludidos lingüísticamente por Blake, Chesterton, Kipling. Y todos son reales porque “una encina no es más real que las formas de un sueño” (p. 48). El Borges lúdico figura en

“El viaje en globo” donde ha encontrado la “peculiar felicidad” al sumirse en el vuelo, sentir el viento y los pájaros, volver al siglo XIX y reencontrarse con los escritos de Poe, Verne y H. G. Wells, recordar a los extraños habitantes de la luna –los selenitas de Wells—quienes viajaban en globo de una a otra galería lunar (p. 34).

Atlas cierra con “De la salvación por las obras”, donde Borges evoca un cónclave de divinidades del Shinto quienes están tristes porque los hombres acaban de descubrir un arma invisible que “puede ser el fin de la historia” (p. 91) ¿Se debe destruir la especie? Uno de los dioses entona un haiku también ideado por mortales. Sus diecisiete sílabas distribuidas en tres versos demuestran la capacidad de los humanos para la reflexión y la belleza. Entonces, los dioses permiten que la especie perdure. De esta forma Borges da cuenta del poder del verbo, y de los contradictorios meandros de la mente. La ilustración final nos lleva a esas conexiones tan caras a Borges. Su mano derecha se afirma sobre ideogramas chinos; tal parece que anhelara asir esta escritura y los vastos mundos culturales en los cuales se fundamenta para así descifrar el saber de Oriente y Occidente y, asumiendo ambos, construir la vasta biblioteca universal que nos debe conducir a la aventura del pensamiento, a la constantemente elusiva verdad.

No quiero, sin embargo, terminar este comentario celebratorio de la colaboración Borges-Kodama, sin recordar, aunque someramente, la labor de María como promotora del conocimiento de la obra de Borges, particularmente en el mundo de habla inglesa. *Collected Fictions* de Jorge Luis Borges publicado por Viking Press en 1998 y en una nueva traducción de Andrew Hurley, ha sido un paso importantísimo en la difusión de la obra del autor argentino. Así lo confirmó el comentario del premio Nobel J. M. Coetzee publicado primeramente en *The New York Review of Books* (14.16 [1998]) y recogido después en su colección de ensayos *Stranger Shores. Literary*

Essays 1986-1999 (Viking, 2001, pp. 139-50). Cabe preguntar entonces ¿quién es la mujer que en *Atlas* recorre el mundo con Borges? ¿Quién es María Kodama? Para acercarnos a la respuesta no propongo hurgar en una genealogía familiar o literaria, sino recordar el sentido de su apellido japonés como ya lo hiciera Anthony Kerrigan, amigo y traductor de Borges. Cautivado por la inteligencia y la chispa de María, volvió a los versos de Shakespeare, y se preguntó, como yo ahora, What's in a name? Kodama, pequeño círculo, según confirmó un rumor. No obstante, un diccionario apegado al japonés revela: kodama, el espíritu de un árbol, ninfa de la madera ligada a su árbol. Nada más exacto: el árbol (Borges) y su ninfa (María) tal y como lo manifiesta su colaboración en *Atlas*.

Bibliografía

Borges, Jorge Luis, en colaboración con María Kodama. *Atlas*. Buenos Aires: Sudamericana, 1984.

_____. *Atlas*. Buenos Aires: Emecé, 2008.

Borges, J.L. *Atlas*. Traducido y anotado por Anthony Kerrigan. New York: Dutton, 1985.

Coetzee, J. M. *Stranger Shores. Literary Essays 1986-1999*. New York: Viking, 2001. Pp. 139-50.

Kerrigan, A. "With Borges and Bellow in Milan". University of Notre Dame Archives

<http://www.archives.nd.edu/ckrg0138.htm> Consultado: 4/23/2017

Lista de ilustraciones

1. Portada de *Atlas*, edición de Emecé (2008).
2. Episodio del quinto viaje de Simbad el marino, *Les Mille et une nuits* (París, Galland, 1865), ilustrada por Gustave Doré (1832-1883).
3. Eric el rojo, grabado en madera (1688) de la publicación islandesa de Arngrímur Jónsson's Gronlandia (Groenlandia). Fiske Icelandic Collection, Rare and Manuscript Collection, Cornell University, Ithaca, NY.
4. El Botón [The Button], Locust Walk, University of Pennsylvania, Philadelphia. Foto tomada por el equipo Techserv, parte de Commons:Wikis Take Philadelphia project, octubre de 2009

Chang-Rodríguez, R. «Celebrando una colaboración *Atlas* de Jorge Luis Borges y María Kodama» *Summa Humanitatis*, vol. 9, número 2 (2017), pp. 1 – 12.

Celebrando una colaboración
Atlas de Jorge Luis Borges y María Kodama

Raquel Chang-Rodríguez

Revista Summa Humanitatis/ Número 9, Volumen 2, 2017/

ISSN1993 – 8179/ Lima/ pp. 1-12.

Fecha de recepción: 24 de abril de 2017

Fecha de aceptación: 24 de mayo de 2017